

INTERIORIDAD: EL VIAJE HACIA UNO MISMO Y HACIA DIOS

IMANOL LARRÍNAGA BENGOCHEA, OAR

¡ANUNCIO!

Necesitamos *paz interior* para poder oír la voz de la naturaleza clamando por la vida. Necesitamos *silencio* para pensar que la vida incluye la justicia social y económica, la democracia, la no-violencia, la paz, la conservación de la energía. Necesitamos *luz* que nos alumbré el camino y aprender así a contemplar las maravillas de un amor verdadero, de la gratuidad..., del EVANGELIO.

Hace un cierto tiempo me vino a la cabeza la idea de proponer a alguna cadena de televisión la posibilidad de anunciar este *spot* o algo parecido. Y me decía: ¿por qué no? Alguien, con un poco de buena voluntad, por snobismo o porque lo sentía así, puede y quiere ser libre, valiente o dispuesto a gastarse unos buenos euros en una alternativa publicitaria. (A título de experiencia personal recuerdo que, hace unos días, conté hasta la friolera de 29 anuncios mientras esperaba la retransmisión de un partido de fútbol).

Y... ¿de qué hablan los anuncios que nos acosan desde la televisión o las vallas publicitarias de las calles? Voracidad compulsiva, imágenes, noticias y novedades que nos alivian (¡) el tedio cotidiano...

¿Qué más quieren los que manejan este mundo a su antojo que desactivar la vida, hacerla anodina, someterla al fatalismo y no creer que esa vida, la verdadera, tiene bastantes más posibilidades de las que nos dicen? Una alternativa: *porque donde esté tu tesoro, allí estará también tu corazón* (Mateo 6, 21).

- Pienso en los motivos o en las motivaciones que tenemos para vivir, y cuando vuelvo sobre los dichosos anuncios, caigo en la cuenta de cómo vienen y se alejan a lomos de nuevas modas de sentido que quieren seducirnos. O sea, que experimentamos nuestra incapacidad o se nos hace difícil el focalizar nuestros pasos y estructurar nuestras decisiones. Y debemos, valientemente, formular una pregunta: ¿está desapareciendo de nuestra vida el horizonte? Recuerdo, inevitablemente, el grito agustiniano: porque nos has hecho para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en ti (*Confesiones* 1,1,1). Y la lectura de este texto me lleva a silenciar mis eficacias, a aparcarme mis exigencias y a desacelerar mi ritmo. Más aún, el lenguaje agustiniano me invita a encontrarme conmigo mismo, a meditar sobre mi proyecto vital y a abrirme y gustar la experiencia de Dios. Dice el Vaticano II: *No se equivoca el hombre al afirmar su superioridad sobre el universo material y al considerarse no como partícula de la naturaleza o como elemento anónimo de la ciudad humana. Por su interioridad es, en efecto, superior al universo entero: a estas*

profundidades retorna cuando entra dentro de su corazón, donde Dios le aguarda, escrutador de los corazones, y donde él personalmente, bajo la mirada de Dios, decide su propio destino. Al afirmar, por tanto, en sí mismo la espiritualidad y la inmortalidad de su alma, no es el hombre juguete de un espejismo ilusorio provocado solamente por las condiciones físicas y sociales, sino que toca por el contrario, la verdad más profunda de la realidad (GS 15).

Todo lo anterior supone un camino y una experiencia, realidades que, por otro lado, se nos están haciendo extrañas ¿Con qué tropiezan hoy –y siempre–, la hondura personal y la madurez creativa? Tomemos en consideración este hecho: ¿qué fácil es instalarse en una forma de vivir que, casi sin darnos cuenta, ahoga toda inquietud religiosa que brota del corazón humano! Analicemos ante nuestra propia conciencia el ritmo de vida agitado, el conjunto de preocupaciones e intereses, la obsesión por un disfrute inmediato, la manera de consumir noticias y diversiones... ¿no dejan apenas ni tiempo ni ganas para vivir la fe y madurar en ella! Por eso la vida se torna tan superficial y esto impide que lleguemos con un poco de profundidad a nuestro corazón. Parece que sólo nos interesa la satisfacción inmediata, “el triunfo de lo instantáneo”, incluso el mismo trabajo se hace obsesión... ¿Hay sitio en el corazón para Dios? Agustín, en su experiencia diaria, nos dice claramente cómo nos podemos alejar de Dios: No busques la felicidad en la región de la muerte. No esta allí. No puede haber felicidad donde ni siquiera hay vida verdadera (*Confesiones* 4, 12, 18). Volviendo al anuncio inicial, necesitamos, pues, el silencio para hacernos más sensibles a la interconexión de cada uno de nosotros con nuestro propio interior; todo debe ser una unidad: “*metióme en su bodega el Amado mío, y yo seguíle, que como los soldados siguen su bandera, así la bandera que a mí me lleva tras sí y a quien yo sigo es la de su amor*” (Fray Luis de León en *Comentario al Cantar de los Cantares*).

Cada uno de nosotros, creyentes, hacemos un itinerario en la vida. Como seres humanos buscamos y anhelamos. Pero la interioridad es un regalo de Dios, una manera de vivir, que nace y se alimenta de su gracia. San Agustín lo clarifica de esta manera: “la mayoría de las veces el hombre se desconoce a sí mismo. Víctima del descuido o de la improvisación, o presume de sus carencias o desespera de sus posibilidades. Sólo cuando la tentación viene a probarle, como un cuestionamiento de urgencia, logra el hombre conocer la verdad sobre sí mismo” (*Comentarios a los Salmos* 52, 2).

PARA EL DIÁLOGO EN GRUPO

- En el *anuncio televisivo* con que se abre este tema, ¿cuál sería tu *spot* sobre la INTERIORIDAD?
- Analiza y discierne las motivaciones para vivir que tiene un pasota, un filántropo, un bien situado, un “veleta”, un enfermo... y ¿tú?
- Sensibilidad con el público (colócate delante de los demás): ¿soy actor de vida o de palabra?

VIAJE... ¿HACIA DÓNDE?

La persona sólo inicia su camino hacia Dios porque, desde el primer momento, Dios está en el fondo de su ser atrayéndola hacia su propio misterio. Es la presencia amorosa de Dios la que origina y sostiene su itinerario hacia Dios. Buscamos a Dios *a tientas* pero El *no está lejos de ninguno de nosotros, pues en Él vivimos, nos movemos y existimos* (Hechos 17, 27-28). Sin la gracia de Dios nadie podrá buscarle. Sin su presencia, percibida oscuramente en el fondo de la conciencia, nadie puede dar paso alguno hacia Él: *A Jesús no se llega verdaderamente más que por la fe, a través de un camino cuyas etapas nos presenta el Evangelio en la bien conocida escena de Cesarea* (Juan Pablo en *Novo millennio ineunte* 19).

Todo hombre o mujer, lo sepa o no, está habitado por esta presencia de Dios. También el más indiferente, el más mediocre, el más incrédulo, vive envuelto por la gracia de Dios que lo acoge y lo ama sin fin. Dios no fuerza, no coacciona a nadie. Sólo se ofrece, sin retirar nunca su amistad. Ni siquiera el pecado destruye su presencia; únicamente impide que nos abramos a ella. En realidad, Dios se ofrece y nos busca permanentemente y de mil maneras a todos y a cada uno de nosotros, a través de los acontecimientos pequeños y grandes de cada día y de toda la vida; son acontecimientos que animan nuestra existencia, nos interpelan y nos atraen hacia Él. Por nuestra parte no nos queda sino el dejarnos guiar por el dinamismo *que el Espíritu de Cristo desencadena en el hombre; ese Espíritu que siempre afirma y vive abriendo y, por consiguiente, ofrece futuro y, con ello, confiere libertad para estar en el mundo* (Olegario G. de Cardedal).

Necesitamos prestar mucha atención a lo que propone san Agustín: “los hombres salen a hacer turismo para admirar las crestas de los montes, el oleaje proceloso de los mares, el fácil y copioso curso de los ríos, las revoluciones y los giros de los astros. Y, sin embargo, pasan de largo delante de sí mismos. No hacen turismo interior“(Confesiones 10, 8, 15). Quien se orienta hacia Dios vive una experiencia interior difícil de explicar. Busca, pero, sobre todo, es buscado. Llama pero, sobre todo es llamado. Da pasos, pero es atraído y conducido por Alguien. Nuestra actitud es más acogida que búsqueda; recibimos la constante invitación de la gracia que nos llama a encontrar a Dios en el corazón. La “*dignidad interior*” no es fruto del azar ni de la improvisación, sino de una atención continua al misterio interior y un esfuerzo continuado de querer ser uno mismo. Podría traducirse en una sencilla plegaria: “*Señor, ayúdame a caminar para llegar donde necesito ser*”. Y, así, es posible creer en la contemplación, ese arte de aprender de Dios a observar con una larga mirada de compasión y ternura. Una larga mirada supone capacidad contemplativa y vida interior, aprender a ralentizar la velocidad de nuestras vidas, acciones y pensamientos, y adiestrarse en el camino de la serenidad.

- En el bautismo hemos recibido la fe y ésta brota siempre como una confianza cada vez más viva que Dios mismo va despertando. Por eso, hacer turismo –sería responder al interrogante “*Caminar...¿hacia dónde?*”–, es creer, es ponerse ante Dios. Acoger su amor y su llamada. Es como escuchar a quien

nos está invitando en el corazón. Es decisivo, pues, encontrar a Dios en el corazón y en unos momentos de sinceridad ante Él, y esto puede cambiar el sentido de nuestras personas. Esta escucha a la invitación se llama *interioridad*.

- La fe es un don gratuito, no es una conquista una posesión, algo exigible a lo que tenemos derecho porque nos lo hemos merecido; la fe nos viene dada, es un regalo de Dios. Recordemos la actitud del fariseo que “presumía” de su fe y de sus buenas obras; se hace dios a sí mismo, es un soberbio. Este hombre no tuvo en cuenta aquel consejo de san Agustín: “escucha primero al que habla dentro y, desde dentro, habla después a los que están fuera”(Comentarios a los Salmos 139, 15). Y, también, “entrar en lo más interior es desear lo que hay de más íntimo, y lanzar lejos la intimidad más íntima es salir fuera. Por el orgullo salimos fuera, por la humildad volvemos al interior“ (Tratados sobre el Evangelio de San Juan 25, 15).

- Andar por dentro es una auténtica experiencia de Dios, un regalo, un don que, como emisora siempre abierta, puede ser captada desde la fe y por la fe. Cristo, en su pedagogía con los apóstoles, los pone en crisis obligándoles a que salgan de ellos respuestas, lo mejor de sí mismos para adherirse más a Él. Las crisis son situaciones de dificultad superables y que ayudan a madurar. Lo que tenemos entre manos no es ningún detalle o adorno sino aquello que es lo más grande: es problema de “raíz” y que lo hemos dejado de alimentar o no lo alimentamos suficientemente: *y les dijo: vosotros pasáis por justos ante los hombres, pero Dios conoce vuestros corazones Pues lo que los hombres exaltan, lo aborrece Dios* (Lucas 16, 15).

- La interioridad es la experiencia entrañable de Quien pasa por la puerta de nuestra pobreza, que nace del reconocer quién es Aquél que pone su mano buena sobre nuestros hombros y nos descubre quiénes somos nosotros. De ahí que, en este saber caminar, tendrán que sintetizarse sus efectos: descubrir la dicha de ser uno mismo incluso cuando las realidades nos lo oscurecen tanto, crear el gusto por vivir y por ser libres, caminar en la solidaridad compartida, no convertir ni el tiempo ni el ambiente en una prisión o en una cárcel para sí mismo o para los demás, ser precursores de nuevos caminos... Podemos así descubrir ese Rostro y dejar que su mirada penetre en nuestra vida, esta vida con todo su espesor y su ambigüedad, pero siempre necesitada de Amor verdadero: *le respondió Simón Pedro. Señor ¿a quién vamos a acudir?. Tú tienes palabras de vida eterna y nosotros creemos y sabemos que Tú eres el santo de Dios* (Juan 6, 68-69).

- La interioridad no puede hacerse fabricante de criterios cerrados, reducidos todos ellos a una privacidad, como si fuera un refugio en el cual me aísló. Debe romper, tiene que desplegarse en una caridad verdadera ya que una experiencia de Dios me tiene que implicar en el ser humano. Y una relación que se cierra entre Dios y yo, y no me abre a la caridad, no sería una auténtica experiencia de Dios. La caridad se convierte en control de calidad de mi experiencia con Dios, tanto más cuanto que la verdadera respuesta que me

pide Dios es en la caridad, en una expresión histórica, real, con respuestas en la vida: *pues todos han echado de lo que les sobraba, ésta en cambio, ha echado de lo que necesitaba todo cuanto poseía, todo lo que tenía para vivir* (Marcos 12, 44).

- Valorar la experiencia de Dios como fuente de conocimiento (de Dios y del ser humano). ¿Hasta qué punto conocemos la realidad desde un vídeo, desde una revista, desde unas imágenes, desde unos a los que llamamos o los tenemos como personas importantes (VIP)... o desde la verdad pura y cruda?. A veces, uno piensa como que vive en dos mundos distintos, el de uno mismo dentro de la sociedad, y el de la sociedad que no está dentro de uno mismo. Y a esta contradicción habrá que darle una respuesta o, al menos, debe tener, por nuestra parte, una toma de conciencia. Lo cual no quiere decir un control absoluto de todo, sino tratar de impedir que la urgencia de las cosas y de las personas nos arrastre hacia un torbellino de prisas que impida pensar y respirar. Necesitamos aprender a pararnos en las encrucijadas de los caminos para elegir y amar. O, mejor, elegir es amar y el que no elige no ama.

- Tengo que ESTAR ahí, en la realidad de mí mismo y en toda la realidad humana. A Dios le conocemos por inmersión y no por los libros. Contemplar es aprender a mirar la realidad como Dios la mira, como mira Jesús nuestra humana condición y como miran tantas y tantas personas, desde el corazón limpio, la historia de las heridas del mundo sin dejar de ensayar acciones audaces en su favor, a pesar del dolor y de la fatiga. Eso significa que estamos siempre en grado de provocar la dinámica del conocimiento de Dios que no entra por la cabeza sino por el corazón. Es una llamada a reconstruir la experiencia religiosa que lleva para los creyentes, desde lo más fundamental y acompañado por un proceso religioso que nos dirige a la acogida de Dios en la experiencia religiosa. Es un proceso de proponer el evangelio y preguntar por una respuesta para que sea verdaderamente cristiana la persona, cada uno de nosotros. Y esto exige un tipo de encuentros mucho más allá de lo que ordinariamente conceptuamos y valoramos como una formación cristiana y religiosa de vivir la religión. Se trata de una escucha directa de Dios, del análisis de la propia realidad y del anuncio de un Dios gratuito y liberador.

Cuando la persona humana no practica ni tiene interés por caminar desde dentro y hacia dentro, se convierte en parte de un mundo de seres humanos tan satisfechos como mutilados, incapaces de imaginar su propio presente y de su futuro y sin posibilidad de gozarlo ni de soñarlo. El silencio tiene aquí una gran importancia: nos coloca en una actitud de encuentro con nosotros mismos, con los demás y con Dios. Y aunque sea cierto que la vida es un misterio que desborda nuestro control, que no es fruto por completo de nuestro esfuerzo y de nuestras habilidades, también es cierto que cuando la vida se saborea en el silencio, se convierte como la tierra generosa que devuelve multiplicada la atención que se la presta.

- Lo que se vive ¿cómo se manifiesta? Cuando se trata de la experiencia de Dios no comienza desde mí: Él es el autor y el objeto conocido de la experiencia. Yo la recibo y, como fruto de la transformación en mi interior, se me movilizan la persona y la misma libertad. Esto es lo que pasa en el mundo

interior que acoge la experiencia del amor de Dios. Me toca recibir la experiencia de Dios y dejar que me movilice sin saber a dónde me llevará y me convierta en paso de Dios por mí a los demás.

- La Biblia nos enseña que la fe tiene que ver con “el corazón”: *buscarás al Señor tu Dios y lo encontrarás si lo buscas de todo corazón* (Deuteronomio 4, 29). El corazón es el centro de la persona. Ese punto donde todo el ser queda como unificado y anudado. Desde el corazón decide la persona la orientación que quiere imprimir a su vida. Desde el corazón se sitúa ante lo bueno y lo malo, ante lo verdadero y lo falso, ante la vida y la muerte. Es el corazón del ser humano el que cree en Dios o lo rechaza. Por eso enseñará san Agustín: “no andes averiguando cuánto tienes sino qué tal eres” (*Sermón 23, 13*).

La verdadera interioridad tiene su cuna en el deseo hondo de la persona en donde nace la confianza esencial, la auténtica estima de lo que es válido siempre, la aceptación confiada de lo bueno y de lo hermoso de la vida. Y, para ello, hace falta tener en cuenta algunos aspectos:

- la entrada en esos espacios de la vida que dedicamos a la oración, la celebración de los sacramentos ... porque venimos rotos, despistados, centrifugados; el ritmo de nuestra acogida necesita tiempo, toma de conciencia con la Persona con la que me voy a relacionar: un lenguaje de vida, el lenguaje del Hijo de Dios que me sitúa en la condición de caer en la cuenta de cuáles y cómo son las cosas de Dios, ese Dios que pasa siempre por mi vida...

- la gratuidad de esta realidad personal. Es más importante lo que debe decirnos Él, que lo que decimos nosotros. Él tiene que liarnos y comprometernos. Prolongar la sensación de discípulos, dejarse remodelar, ser alumnos que se dejan formar en el corazón. Si Dios entra en mí, algo tiene que moverse dentro. ¿Será que somos muy habladores como creyentes y poco escuchadores? ¿Hasta qué punto somos “resonadores” de Dios?

- estar atentos a resultar, voluntariamente, más implicados con Dios después de una relación experiencial con Él, en sus cosas: *¿no sabéis que lo mío son las cosas de mi Padre?* (Lucas 2,49). Y es que toda relación personal con Dios se vuelve misionera. Él tiene voluntad salvadora, la hace sensible a sus cosas. Lo manifiesta expresivamente en el sacramento de la Reconciliación. ¡Ojalá aprendiéramos a ser más flexibles en los juicios y en las palabras, lejos de la actitud judicial que tantas veces mostramos en nuestros comportamientos!

- abrir el campo de la experiencia de Dios: abrir nuestro horizonte como personas y como vida ya que la experiencia no tiene cabida sólo en los espacios conocidos (textos sagrados), sino que Dios se relaciona también con el hombre en todas sus cosas: una historia, la nuestra, que debe interpretarse desde Cristo. Esta es la clave. Esta historia es una fuente inmensa de la experiencia de Dios. Por otro lado, toda mi

vida se convierte en una fuente auténtica de conocimiento de Dios y de su experiencia, al estilo de María: *conservaba todas estas cosas en su corazón* (Lucas 2,51). Cuando hay conciencia de que todo lo que hay en mí proviene de OTRO, entonces, todo mi ser habla con Dios y de Dios: somos contemplativos en la acción. Y los espacios que dedicamos a Dios son un servicio al mundo y viceversa...

En resumen, el caminar hacia centro –aquí está toda la cuestión– nos puede ayudar a apreciar mejor la calidad de nuestro modo de proceder y a corregir desaciertos e incluso aberraciones de nuestros planteamientos como creyentes. Jesús, el único Maestro para los creyentes, no fue un profesor de virtudes ni sistematizó una doctrina filosófica sobre la perfección. Abrió caminos inauditos. Nos enseñó, desde sí mismo, a llamar a Dios, PADRE, a la vez que nos decía: *si me conocéis a mí, conoceréis también a mi Padre; desde ahora lo conocéis y lo habéis visto* (Juan 14, 7).

PARA ORAR CON SAN AGUSTÍN

Señor, Tú que nos purificas
y nos dispones para la vida eterna:
escúchame.

Te amo, te busco, te sigo: tuyo sólo quiero ser.

Manda y ordena lo que quieras
pero limpia mis oídos para que escuchen tu voz.

Cura mis ojos para que vean tus signos.

Aparta de mí toda ignorancia
para que reconozca tus caminos.

Dime dónde debo dirigir la mirada para verte a Ti.
y así poder cumplir tus mandamientos.
(*Soliloquios* 1, 5-6).

PARA EL DIÁLOGO EN GRUPO

- Tu mundo interior ¿dónde se fundamenta?
- “*Entra en ti mismo*”: ¿quieres? ¿para qué?
- ¿Puedes vivir de otra manera la fe?

HACIA LA VERDAD DEL CORAZÓN

El que busca a Dios *con todo el corazón* lo hace con todas sus facultades y su capacidad: voluntad, mente, capacidad de amar, sensibilidad. El creyente presta atención a lo mejor de sí mismo: “dentro del corazón soy lo que soy” (*Confesiones* 10, 4, 4), y es ahí donde se formulan las preguntas más radicales: ¿quién soy? ¿hacia dónde camino? Y, dentro de la persona, ese conjunto de realidades que no podemos olvidar: alegría y sufrimiento, entusiasmo o serenidad, sentimiento de plenitud o indignidad, agradecimiento, invocación, temor o fascinación... En medio de todo esto se encuentra la persona inconfundible de Dios y su invitación que reclama respuesta y consentimiento.

Dice san Agustín: “¿qué soy yo? ¿qué naturaleza es la mía? Mi vida es variable, multiforme y llena de tensiones” (*Confesiones* 10, 17, 25). Cada uno debe preguntarse cómo es su respuesta a Dios desde el corazón. Si reaccionamos con prontitud a ese mensaje de esperanza que es un Dios que nos ama; si escuchamos el evangelio de Jesucristo y nos sentimos movidos a una respuesta confiada. Si necesitamos ahondar, ser más sinceros, escuchar a Dios en el fondo de nuestro corazón y a abrirnos a la acción del Espíritu. Dice Agustín: “la voz de la verdad no calla nunca. No grita con los labios pero susurra en el corazón. Aplica el oído interior” (*Comentarios a los Salmos* 57,2).

Se vislumbra un panorama: el creyente puede comprobar en sí mismo los efectos de una fe verdadera, la que nace del corazón: se siente acogido en medio de la soledad, experimentando el perdón que le libera del peso del pecado, se ve fortalecido en la debilidad y estimulado para vivir desde el amor y el servicio, puede situarlo todo en su verdadera perspectiva, es capaz de afrontar con esperanza el sufrimiento y la muerte. El amor, divino y humano, debe ser siempre el centro y el corazón de nuestra vida. Si actúas siempre por amor haces siempre el bien, como enseña san Agustín: “ama y haz lo quieras: si callas, calla por amor; si clamas, clama por amor; si corriges, corrige por amor; si perdonas, perdona por amor. Está dentro de ti la raíz del amor. De esta raíz no puede salir sino el bien” (*Sermón* 163B, 3).

Hay, pues, y a pesar de todo, una sed de trascendencia en nuestra sociedad secularizada: “*Siguiendo las huellas de los santos, se han acercado aquí a Roma, ante las tumbas de los apóstoles innumerables hijos de la Iglesia, deseosos de profesar la propia fe, confesar los propios pecados y recibir la misericordia que salva. Mi mirada en este año ha quedado impresionada no sólo por las multitudes que han llenado la Plaza de San Pedro durante muchas celebraciones. Frecuentemente me he parado a mirar las largas filas de peregrinos en espera paciente de cruzar la Puerta Santa. En cada uno de ellos trataba de imaginar la historia de su vida, llena de alegrías, ansias y dolores; una historia de encuentros con Cristo y que en el diálogo con él reemprendía su camino de esperanza... Conviene callar y adorar, confiando humildemente en la acción misteriosa de Dios y cantar su amor infinito.* (Juan Pablo II en NMI 8). Esta cita del Papa, tan entrañable por

otro lado, lleva a pensar que estos momentos de crisis, tan cargados de exterioridades y superficialismo, son un contexto especial para recuperar el núcleo de la esencia cristiana. Todos tenemos capacidad de una dimensión mística (experiencia del misterio) porque el creyente está enraizado en la experiencia de Dios hasta el punto de tener que afirmar: toda mística, es decir, experimentar y vivir la búsqueda y la nostalgia de Dios, es esencial para el cristianismo: la experiencia de un Dios bueno y misericordioso, encontrarse con Él, aprehenderle a Él. Dios, nuestro gozo y nuestro sumo Bien. Saborear a Dios. Vivir la invitación del salmo: *gustad y ved qué bueno es el Señor* (34, 9).

Cuando se sondea de verdad el corazón y se descubre el venero de nuestra vida, nos afirmamos de una manera estable y nos vacunamos contra la inseguridad y la desconfianza. San Agustín concibe la interioridad como plenitud de ser y de vida en la que el conocimiento de sí mismo se abre al conocimiento de Dios e incluye toda la riqueza del mundo creado. Desde esa luz podemos pensar que quien tiene vida interior es una persona que se libera para escuchar y para acoger mejor las voces del entorno en que vive. Es la persona que escucha todas las voces y hace suyos todos los sufrimientos de los otros para abrirse, así, al misterio de lo divino. Por lo tanto, posee la verdad interna y externa, se compromete a expresar con intensidad –desde la propia experiencia–, la verdad del mundo, su propia verdad humana. Vive en comunión con todos pero nadie puede controlarlo. Sabe que las cosas pueden ser distintas: lo sabe desde el fondo de su libertad, de su encuentro con el misterio, desde su capacidad de empatía respecto de los demás... Por eso puede y quiere actuar iluminando todo lo que existe. Cuando no hay verdad en el corazón, nos encontramos con el fariseo que, de pie, oraba diciendo: *Oh Dios, te doy gracias porque no soy como el resto de los hombres...* (Lucas 18, 11).

En el camino de la interioridad se va desvelando aquello que somos nosotros. El camino lleva hacia el *sí mismo* de cada uno: hacia su propia realidad, a su persona. Al mismo tiempo, el camino se dirige hacia “el otro”, es decir, hacia la verdad divina que llevamos dentro de nosotros mismos. Esta es la auténtica experiencia agustiniana de la interioridad, la verdad del corazón, toda ella vivida en un ámbito de gracia y de don, y es el camino de capacitación en el asombrarse, en el admirarse: “Señor, Tú estabas delante de mí pero yo había desertado de mí mismo. Y como no me encontraba a mí mismo, ¡cuánto menos a Ti!” (*Confesiones* 5, 2,2). La verdad del creyente implica confianza, convicción segura, amor. Es atreverse a vender todo lo que somos y tenemos porque así se experimenta, en algún rincón de la historia, la alegría del tesoro del Dios que habita en el recóndito campo de nuestro yo. Ser creyente, personal y eclesialmente (también, sociológicamente), es un riesgo pero, antes de nada, es un regalo de Dios. Y agradecer al Señor este regalo es caer en la cuenta de la llamada a un despertar religioso, como personas y como Iglesia, para vivir y para manifestar la fe mediante el convencimiento, sin respeto humano. Nada tiene valor sin libertad. Sólo en la libertad es posible la vida y el amor. En la medida que creamos de corazón, de verdad, surgirá una persona y una comunidad cristiana más auténtica, más libre, más arriesgada en abrir

caminos nuevos: el Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido para anunciar a los pobres la Buena Nueva, me ha enviado a proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, para dar la libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor (Lucas 4 18-19).

La interioridad erosionada se muestra en el desgaste de las convicciones, de las resoluciones, de las utopías. Hace falta, por tanto, despertar a la realidad de que nada en nosotros es obstáculo para el encuentro con Él, que todo deviene lugar de paso para dejarnos abrazar por un amor mayor. La alegría nace de la unificación de la vida por el Amor, cuando tenemos, o queremos tener, el corazón girado en una única dirección, vuelto hacia el Único necesario. Concretamente, el camino de la interioridad, “*andar por dentro*”, nos exige conocimiento y unificación de nosotros mismos, oración y purificación del corazón, silencio y soledad para atender y escuchar a Dios.

EN SÍNTESIS:

- Aceptar la propia realidad como seres creados (autenticidad interior).
- Querer ser yo mismo y asumir mi vida como proceso que así se realiza: el Camino está dentro de mí.
- Mi vida es un tiempo de espera; por eso, debo estar atento y no tratar de “quemar etapas”.
- Debo acostumbrarme a estar conmigo mismo, descubriendo y aceptando mis propias emociones, carencias y fracasos. Dejar que la vida se ilumine por dentro de verdad: este es el camino y el gesto de la vida interior
- Contemplar, saber mirar, descubriendo la verdad de aquello que me desborda, haciéndome ser; saberme sostenido y animado (¡lleno el alma!) por unos ojos que me envuelven con su luz (eso es vida interior).

Esta experiencia en el corazón, vivida con humildad y ternura, me lleva a descubrir que me miran con ojos de amor, a aceptar la vida y la vocación cristiana como gracia, como algo que se me ha dado y que se me sigue dando... Aquí cesan las razones, los méritos y todos los posibles privilegios: descubrir y agradecer, día tras día, el regalo de la misericordia divina en cada momento. Y, al final de este camino, hallarme con la certeza de que hay OTRO dentro de mi propio ser. No existo por mí mismo. Por eso, cuando dialogo en dimensión de hondura y transparencia, no me limito a hablar conmigo; estoy escuchando la voz del Otro, recibiendo su luz, dejando que se exprese en mí su gracia. Aceptar con gozo al que me hace ser... Así soy persona de fe, como reflejo de lo que Dios realiza en mí. Y esto me hace vivir y presentarme siempre como signo de gratuidad. Experimentar este ajuste fundamental, sin el cual todavía estaremos “de

oídas” ante Dios, es haber sido situados en la senda felizmente misteriosa de Cristo.

Para vivir una experiencia personal en la línea de las ideas anteriores, puede ser interesante la lectura de las *Confesiones* de san Agustín, 8, 10-12.

- EXPERIMENTAR la REALIDAD bajo OTRA MIRADA. Se entiende “*en el corazón*”. De hecho, una experiencia interior transforma y mentaliza de una manera diversa. Y, en un ambiente donde la “débil inteligencia” se está haciendo ley, una persona creyente debe demostrar con claridad su identidad y cómo vive su propia respuesta. El común denominador de masa, gente, anonimato, esconderse... no encaja en las categorías de una verdadera identidad que a sí mismo debe exigirse: ser signo, distinto y capaz de ser distinguido por los demás. Una de las más gozosas experiencias agustinianas es la pasión por la Verdad: “tarde te amé, hermosura tan antigua y tan nueva; tarde te amé”(Confesiones 10, 27, 38).

Es posible que casi nunca nos planteemos la pregunta: ¿qué es buscar a Dios? Interesante pregunta para orientar la vida de cada uno. Y la respuesta es muy sencilla: es MIRAR a CRISTO. Toda la experiencia evangélica: curar a los enfermos, comprender a los que caen, consolar a los afligidos, compartir lo que somos y tenemos con los que no tienen y ni siquiera lo son, elegir el último puesto pudiendo tener el primero, no ir revestido de filacterias ni esperar que te reverencien por las calles, tener el corazón lleno de paz y limpios los ojos...La verdad es amar al otro como nos amamos nosotros mismos, arrancar de nosotros la avaricia la lujuria, la soberbia. La verdad es la sencillez, que no vulgaridad; la rectitud de intención, la firmeza sin imposición...

Y eso es lo que nos descubre si estamos cerca o lejos de la Verdad. Digamos con franqueza, que estamos muy lejos de la Verdad que trajo Cristo al mundo, lo cual no obsta para pensar que podemos caminar hacia delante. Si los creyentes, con todos nuestros fallos, nos acercáramos un poco más a la Verdad (“*Maestro interior*” lo llama san Agustín), nuestra Iglesia daría un salto cualitativo en algo que todos decimos estar interesados: una verdadera vida cristiana. Conciencia, pues, de ser hijos de Dios y dejarse conducir por el Espíritu. Al estilo de Agustín y, siempre sin etiqueta, dispersos por el mundo y en cualquier tiempo hay muchas personas que no están censadas oficialmente en este Reino pero que pertenecen a él porque creen en el amor y en la misericordia. Son hombres y mujeres bautizados en el sacramento de una vida que les ha conducido a un fe en el hombre, en la verdad, en la honradez. Tienen el espíritu sano aunque su cuerpo sea de barro y quebradizo. Son seres que han dejado espacio en su mente y en su corazón para seguir siendo humanos, sensibles a la belleza, integrados en la realidad y sin necesidad de manipularla para

defenderse o huir de ella. Porque creen en Dios y en los hombres. Son libres e irradian alegría y serenidad. No se venden. Sí que se invierten en el servicio con sencillez y generosidad, entendiendo el cumplimiento del deber como servicio, pero sin dejar de tener espacios y gestos donde sólo rige la gratuidad y el gozo de hacer el bien por sí mismo, sin el negocio de la recompensa.

Estamos envueltos por la capa de lo externo, de lo superficial, y tocados por muchas apariencias deslumbrantes. Y sólo la experiencia de Dios en nuestra vida puede modificar y comprometer nuestro presente y nuestro futuro. Es cierto que tenemos especial inclinación por lo misterioso y lo desconocido, pero ¿somos personas que no claudicamos ante la realidad de un Dios vivo, que buscamos su rostro a través del modelo que es Cristo, que queremos ser testigos de la verdad, de la libertad y de la liberación humana? Todos queremos, y más como creyentes, que la realidad se ilumine pero ¿desde dónde?: “por todos estos parajes hago mis excursiones, unas veces mariposeando de acá para allá, otras adentrándome en ellos cuanto me es posible. Pero no logro tocar fondo...” (*Confesiones* 10, 17, 26). ¿Quién nos hará llegar hasta Él y hasta a nosotros mismos.

PARA ORAR CON SAN AGUSTÍN

Señor, hazme vivir no de mi justicia, sino de la tuya.
Lléname del amor que tanto anhelo.
Ayúdame a cumplir lo que me mandas
y dame Tú mismo la gracia de cumplirlo.
Revíveme con tu justicia
porque de mí no tengo más que gérmenes de muerte.
Y sólo en Ti está el principio de la vida.
(*Comentarios a los Salmos* 118, 12, 5).

- **JUZGARSE a SÍ MISMO.** La fe exige una entrega total pero esta entrega nunca se realiza de forma perfecta en esta vida fragmentada y dispersa. Dice san Agustín: “un corazón desorientado es una fábrica de fantasmas” (*Comentarios a los Salmos* 80, 14). El ser humano se experimenta a sí mismo tejido de tensiones y contradicciones, nuestro anhelo es mayor que nuestro ser. Pero, sobre todo, Dios es mayor que todos nuestros anhelos: “hay algo en el hombre que el mismo espíritu del hombre desconoce” (*Confesiones* 10, 5, 7). Quiero decir: nosotros, personas creyentes, vivimos la experiencia de un Dios cercano e íntimo pero que, constantemente, se sustrae. Dios se nos entrega pero sigue siendo *un Dios escondido* (Isaías 45, 15). Ante Dios nada ni nadie puede sustituirnos. Somos nosotros quienes tenemos que decidir libremente y pronunciar un *sí* o un *no*. Somos nosotros quienes debemos orientar nuestra vida hacia Dios y su verdad. Necesitamos, por tanto, abrir las páginas del evangelio y juzgarnos internamente para saber

cómo vivimos ante Dios y con Él. Vivir una fe con todas sus consecuencias es juzgarse a sí mismo, es reconocer en cada corazón lo que Dios es y supone para nosotros. A la vez es vivir con humildad: “Señor, Tú hiciste al hombre a tu imagen y semejanza. Dame, pues, la gracia de conocerme a mí mismo para poder reconocerte en mí” (*Soliloquios* 1,1,4).

PARA EL DIÁLOGO EN GRUPO

- Sed de trascendencia ¿ a qué te suena? ¿ a qué te lleva?
- Interioridad ¿ reflejo de tu vida? ¿ interioridad erosionada?
- Vivir desde dentro, caminar en la verdad, vivir desde DIOS... ¿qué supondría en tu vida en este momento y mirando el futuro?